

Blanca Muratorio

James R Levy

Arnaldo Bocco

Oswaldo Albornoz

Emmanuel Fauroux

Gustavo Rodrigues

revista  
ciencias  
sociales

14

volumen-IV-1982

volumen - IV

14

1982

**UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR  
FACULTAD DE JURISPRUDENCIA  
ESCUELA DE SOCIOLOGIA**

**DECANO DE LA FACULTAD: Dr. César Muñoz Llerena.**

**DIRECTOR DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGIA:  
Lic. Alejandro Moreano.**

**Instituciones Asociadas:**

**CEPLAES, CIESE,  
CIUDAD, FLACSO**

**REVISTA CIENCIAS SOCIALES**

**Revista Trimestral**

**PRECIOS: Ejemplar único 120 sucres  
Número doble 150 sucres**

**SUSCRIPCION ANUAL (cuatro ejemplares):**

Ecuador . . . . .	500 sucres
Europa, Canadá, México y Centroamérica . . . . .	30 US Dólares **
Sudamérica . . . . .	25 US Dólares **

**\*\* Correo Aéreo**

**CANJES: Biblioteca de la Escuela de Sociología,  
Universidad Central del Ecuador,  
Ciudad Universitaria, Quito - Ecuador.**

**SUSCRIPCIONES: CEPLAES, Cordero 654, Of. 503,  
Quito - Ecuador. Teléfono 543.417**

**PUBLICIDAD Y AVISOS: CIESE, Whimper 1027,  
Quito - Ecuador, Teléfono 525.935**

**DIAGRAMACION Y ARMADO: CIUDAD, Alejandro  
Valdez 409, Quito - Ecuador, Teléfono 523.647**

**COMUNICACIONES al DIRECTOR: Villalengua 1410,  
Quito - Ecuador.**

# revista ciencias sociales

**DIRECTOR:** Rafael Quintero

**CONSEJO EDITORIAL:** Gonzalo Abad, Iliana Almeida, Luis Barriga, Alfredo Castillo, Diego Carrión, Agustín Cueva, Martha de Diago, Esteban del Campo, Manuel Chiriboga, Bolívar Echeverría, Daniel Granda, Andrés Guerrero, Nicanor Jácome, Ana Jusid, Juan Maiguasha, Pablo Mariñez, Enzo Mella, Alejandro Moreano, Segundo Moreno, Ruth Moya, Gonzalo Muñoz, Miguel Murmis, Lautaro Ojeda, Oswaldo Barsky, Simón Pachano, François Perus, Arturo Roig, América Ruiz, Napoleón Saltos, Dora Sánchez, César Verduga.

**CORRESPONSALES:** Eduardo Archetti (Países Escandinavos), Eduardo Serrano (Cuba), Luis Borchies (Suecia), Fernando Ossandón (Perú), CESEDE (Francia), Raúl Iriarte (Chile), Daniel Camacho (Costa Rica), Mario Posas (Honduras), Percy R. Vega (Guatemala), Raúl Leis (Panamá), Angel Quintero (Puerto Rico), Virgilio Godoy y Reyes (Nicaragua), Jean Casimir (Trinidad—Tobago), Cary Hactor (Canadá), Milagros Naval G. (Madrid), Clóvis Moura (Sao Paulo), Jeannette Kattar (Senegal), M. Cristina Cordero (Australia), Pablo Estrella (Cuenca), Rubén Calderón (Machala), Liza North (Toronto), Marco Antonio Michel (México, D.F.), Carlos Ojeda Sanmartín (Esmeraldas).

**PORTADA:** Marco Vásquez.

# LOS ARTESANOS DE QUITO Y LA ESTRUCTURA SOCIAL 1890 - 1920

JAMES R. LEVY

FABIO VILLALOBOS (Trad.)

Entre 1890 y 1920 los quiteños contemplaron por primera vez, la luz del foco eléctrico, sintieron la dureza del pavimento bajo sus pies y las ruedas de sus carruajes, escucharon la campanilla del teléfono, escabulléronse de los automóviles y presenciaron la llegada de la aterradora locomotora. Los quiteños, incluyendo a los artesanos que son el tema de este ensayo, recibieron gustosos estos cambios, la terminación de la línea férrea desde Guayaquil por ejemplo, que ellos llamaron "la obra redentora", y el encendido del primer foco eléctrico fueron eventos cubiertos por la prensa local. Pero, ¿percibieron estos ciudadanos el impacto que estos cambios tendrían sobre ellos? ¿Entendieron que electricidad significaba máquinas y que éstas depreciaban la manufactura y forzaban a los artesanos a convertirse en proletarios? ¿Vieron que el ferrocarril desde Guayaquil podría traer productos importados a precios menores, reemplazando así sus productos? ¿Percibieron que todo su entorno estaba a punto de cambiar? ¿Que el ritmo acostumbrado de los días y los años enfrentaba un quiebre, y que las barreras de tiempo y de espacio estaban a punto de desmoronarse?

En lo que sigue se narra la situación de los artesanos de Quito entre 1890 y 1920. La llegada de la moderna tecnología coincide con grandes cambios económicos relacionados con las prósperas y balbuceantes fortunas del cacao y la integración del Ecuador en el creciente flujo del comercio mundial. Como quedará claro más adelante, los artesanos respondieron a la nueva situación lentamente, no siempre enterados del significado de los even-

tos que estaban observando, ni tampoco seguros de sus causas ni de su propia reacción. El profundo conservantismo y el aislamiento geográfico y económico de toda la comunidad permitió, no sólo a los artesanos, sino también a la mayoría de la comunidad resistir al rápido cambio en importantes esferas de sus vidas, cualquier visitante a Quito hoy día puede observar algunos patrones de vida existentes hace casi cien años atrás.

La población de la ciudad se incrementó de alrededor de 60.000 en 1906 hasta 80.702 en 1922<sup>1</sup>. De los 60.000 habitantes de 1906 la siguiente clasificación en ocupaciones sugiere la estructura de clases existente y la gran importancia de los artesanos en la economía y la sociedad quiteña.

Abogados	147
Agricultores	663
Albañiles	442
Carpinteros	906
Cocineros	2.022
Comerciantes	2.549
Domésticos	3.784
Empleados	719
Estudiantes	5.416
Herreros	128
Hojalateros	92
Industriales	63
Ingenieros	11
Jornaleros	861
Médicos	85
Militares	499
Plateros	128
Sastres	842
Tipógrafos	131
Zapateros	702 <sup>2</sup>

El reducido número de profesionales en comparación con el de trabajadores no calificados y artesanos indica la naturaleza de la jerarquía social: cocineros, domésticos y jornaleros superaban a los abogados, ingenieros, médicos, burócratas y militares por un margen de 6.667 a 1.461. El censo también revela la enorme importancia de los artesanos dentro de la comunidad, tanto en términos de empleo como de bienes y servicios producidos. En una primera estimación ellos representaban casi el 20 por ciento de la población activa de Quito, entregando el número en cada oficio una noción de la demanda por sus servicios por parte de la comunidad. Desafortunadamente el censo no indica el rango de los artesanos —ya sea si la persona era maestro, asalariado o aprendiz. Entre los trabajadores manuales calificados los carpinteros eran los más numerosos, seguidos de los sastres, zapateros y albañiles.

La distribución numérica dentro de las ocupaciones sugiere lo que también otra evidencia confirma: que los artesanos no pueden ser fácilmente asignados solo a un peldaño de la escala social quiteña. Más bien, ellos ocupaban lugares diversos, desde el próspero pequeño burgués hasta lo más oprimido del Ecuador, trabajadores no calificados, indios y negros. Su lugar dependía de características tales como ingreso, educación, raza, costumbres, título, arte y parentesco. Algunos maestros poseían sus medios de producción y unos pocos controlaban importantes capitales. Un gran número trabajaba por un salario (estos eran llamados operarios) y otro, indeterminado, trabajaba por mantención, hospedaje y la oportunidad de aprender un oficio —los aprendices. Excepto en los casos más particulares, el ingreso de los artesanos era insuficiente para calificarlos dentro del status de clase alta. Sin embargo, el único atributo que todos los artesanos compartían y el que más claramente indicaba su clase, era su falta de acceso al poder. Ellos no influenciaban de manera significativa la distribución de la riqueza en la comunidad ni a través de las instituciones formales ni a través de acciones directas.

Desafortunadamente, esta falta de poder resultaba, en parte, de las profundas y a veces enconadas divisiones entre los artesanos; en realidad si es que alguna tendencia emerge en el período aquí estudiado, es la agudización de las contradicciones inherentes dentro

del movimiento artesano. Aunque ambos podrían ostentar el mismo título, Maestro, el rico sastre y el oscuro zapatero se disputaban acaloradamente el control de la organización central del trabajo de Quito; aunque ambos practicaban el mismo arte, sastrería, la lucha entre los operarios y los maestros resultó en la primera gran huelga en Quito; aunque todos ellos se veían como clase trabajadora, el Segundo Congreso Obrero se enfrentó en un gran conflicto, por el desacuerdo acerca de quién era, precisamente, trabajador. A pesar de sus divisiones, los dirigentes del movimiento estaban muy conscientes de la diferencia de status entre ellos y sus patrones de clase alta por un lado, y por el otro, de la diferencia entre ellos y los trabajadores no calificados, indios y negros.

No es el propósito de este ensayo presentar un estudio detallado de los artesanos en la economía de Quito<sup>3</sup>, pero es necesario indicar su situación económica ya que ésta determinaba el lugar de los artesanos en la estructura social. La fragmentaria evidencia existente indica que, al menos desde 1890 hasta 1910, los artesanos sobrevivían con sus ingresos sin aparentes privaciones. Los salarios y la canasta de consumo se mantuvieron estables. Los maestros pagaban los salarios, en tanto que ellos hacían un contrato por sus servicios, o aceptaban pagos por piezas, u ocasionalmente, trabajaban por un salario. La posición económica de los maestros dependía de su habilidad para obtener un pago, de la aceptación social de su habilidad, del monto de capital invertido en herramientas y de una variedad de otras condiciones. Así, entre los maestros había sustanciales diferencias de ingreso.

Un ejemplo de prosperidad fue José Váscos, un sastre. En 1894 empleó 29 trabajadores asalariados en su tienda<sup>4</sup> y para 1908 aparece manejando S/. 30.000 en circulación<sup>5</sup>, que, para los niveles de Quito, era una pequeña fortuna. Él combinó sus habilidades empresariales con la política gozando así del patrocinio de Eloy Alfaro, el caudillo que lideró la larga época liberal entre 1896 y 1925, y que además fue dos veces Presidente del Ecuador. Finalmente, Váscos llegó a ser el primer representante electo por la clase trabajadora ecuatoriana a la legislatura nacional. Váscos no era típico, pero ya en 1894 los sastres de Quito operaban en una escala respetable: Manuel Chiriboga Al-

vear, ex-socio de Váscones e importante figura dentro de los artesanos, empleaba 25 operarios al igual que Benjamín Pazmiño<sup>6</sup>. Empresas de este tamaño ocasionalmente se convertían en emporios, vendiendo una amplia variedad de productos, principalmente importados, perteneciendo sus propietarios a la pequeña burguesía.

La información biográfica u otra información que pudiera indicar patrones de movilidad social y física es escasa<sup>7</sup>. Pero algunas fuentes permiten ciertas hipótesis: de los artesanos que merecían un obituario o un perfil biográfico, algunos se habían mudado a Quito desde ciudades pequeñas (¿en busca de oportunidades?), varios habían asistido a la escuela, y algunos habían aprendido oficios no relacionados directamente con los que practicaban. Los sastres José Ignacio Gómez y José Elías Endara nacieron fuera de Quito, y Julián San Martín, del Azuay, vivió varios años en el Perú antes de llegar a Quito, en 1892. Benjamín Pazmiño Bulnes se graduó en el Conservatorio de Música antes de convertirse en sastre, y el gremio, cuando se estableció en 1886, decretó que no podían ser admitidos como aprendices los analfabetos<sup>8</sup>. Al morir José Váscones, su hijo Luis dejó sus estudios de leyes para hacerse cargo del negocio. Esto lo lleva a uno a preguntarse ¿cuán identificados con la clase trabajadora estaban estos artesanos? Váscones tenía un origen bastante pobre pero dejó un buen legado a su hijo; David Cevallos, otro sastre, vio a uno de sus hijos instalar su tienda independiente, mientras que otro permaneció junto a su padre. Ambos, José Váscones y Endara viajaron a Europa por razones educacionales y de negocios, y el último no solo invirtió en una cervecería de Quito, La Germania, sino que estuvo vinculado en un intento de instalar otra en Riobamba<sup>9</sup>. Aunque la información sobre movilidad hacia arriba o hacia abajo no es muy amplia ni suficientemente detallada para obtener de allí conclusiones, los pocos ejemplos ilustrados por Chiriboga Alvear indican que muchos de sus "grandes maestros" comenzaron con una vida empobrecida y que el "éxito" fue el resultado de una vida de arduo trabajo, respetuosa y obediente, bajo el ojo supervisor de los maestros.

La mayoría de los maestros operaban tiendas, mucho más pequeñas, y aunque eran trabajadores por cuenta propia, no alcanzaron

ni la influencia ni la riqueza de Váscones o Chiriboga Alvear. Estos eran propietarios de sus herramientas —una onerosa inversión— y pagaban los salarios de uno a nueve trabajadores. La Guía topográfica de Quito, publicada en 1894, entrega información muy útil aunque fragmentaria. Entre los artesanos encuestados, los herreros incluían trece maestros que empleaban cuarenta y un trabajadores asalariados entre ellos. Cinco maestros no pagaban salarios y la tienda más grande empleaba nueve trabajadores. Trece maestros hojalateros empleaban 28, y siete maestros eran trabajadores por cuenta propia, mientras que las tiendas más grandes tenían cuatro trabajadores. Los carpinteros totalizaban treinta y tres maestros (en tanto que en otra sección del libro aparecen treinta y ocho); de aquellos, dieciseis maestros empleaban cincuenta y tres operarios, y las tiendas más grandes, ocho. Un número significativo de carpinteros no pagaba salarios. Más adelante se discutirá el significado de las diferencias entre los oficios para el movimiento, pero aquí es suficiente señalar la tremenda variación en el tamaño de las empresas artesanales y, por tanto, en el ingreso de los artesanos.

Los artesanos no formaban un proletariado industrial. Durante el período 1890—1920 la industrialización en Quito era prácticamente inexistente, aunque existían algunas primitivas fábricas que producían velas y jabón<sup>10</sup>. La ausencia de una industria moderna elimina la posibilidad de que los artesanos hayan sufrido empobrecimiento debido a su existencia, pero es posible que la escasez y la inflación que se produjeron después de 1910 promovieran entre algunos cierta conciencia de clase, siendo por otro lado, bastante remota la posibilidad de que la mayor disponibilidad de importaciones, debido a la instalación del ferrocarril de Guayaquil a Quito en 1908, desplazara del mercado a algunos artesanos<sup>11</sup>.

Su falta de acceso al poder es más fácil de documentar. Debido a que Quito estaba profundamente dividida entre liberales y conservadores, es necesario distinguir entre aquellas actitudes y conductas que reflejaban afiliación partidaria, y, aquellas que indicaban relaciones entre los artesanos y poder. Esto a veces es difícil pues los artesanos que dejaron información eran frecuentemente los más organizados y politizados. La manifestación más obvia de la debilidad de los artesanos se

encuentra en que sus condiciones de trabajo, sus gremios y sus organizaciones de clase eran supervisados por la policía. El Código de Policía de 1906 estipulaba que la policía "está obligada a proteger e incentivar el libre ejercicio del trabajo entre los artesanos, así como garantizar el cumplimiento de sus obligaciones en la medida en que ellas se relacionen con el oficio que ellos practican" <sup>12</sup>. El hecho de que la policía interviniera frecuentemente en los asuntos de los artesanos es ampliamente demostrado en los documentos de la Intendencia y en los diarios locales, sin embargo, no toda la intervención era de naturaleza represiva. En 1919, los panaderos pidieron la ayuda policial para hacer cumplir el domingo de descanso entre los miembros más recalcitrantes del gremio <sup>13</sup>. Ocasionalmente, el Director de los Gremios era invitado a reuniones para mantener la paz, y los exámenes de los candidatos al título de Maestro eran supervisados por el Intendente. El lado represivo en la supervisión policial es evidente en la carta del Director de los Gremios al presidente del gremio de los albañiles cuando les dice que de acuerdo con la ley, o ponen en orden su dividido gremio, o enfrentan las penas de proscripción, y que, a la próxima sesión concurrirán cuatro agentes de policía que ayudarán al presidente en su tarea <sup>14</sup>. El presidente de los cocheros prometió a las autoridades que disciplinaría a uno de sus miembros de mala conducta, agregando obsequiosamente que la policía podría mejorar "estas faltas que se increpan, sirviendo de maestros y consejeros por medio de conferencias: y sobre todo procurando enaltecer a la clase obrera, que desde el tiempo aciago de la colonia se ha venido considerando, nada menos que como acémula de carga y el cáncer de la sociedad" <sup>15</sup>.

Los diarios informaban de varias instancias de intervención policial en materias referentes a los artesanos. Por ejemplo, la policía notificó a todos los maestros sastres que deberían tomar medidas para impedir que las planchas fueran vaciadas en las veredas y no importunar a los peatones <sup>16</sup>. Y durante un período bastante turbulento de la vida de los gremios de Quito, el diario "El Tiempo" llamó a la policía a reorganizarlos porque estos no estaban funcionando adecuadamente, en perjuicio de la clase trabajadora y del público <sup>17</sup>.

Políticamente, su falta de poder jugó constantemente en contra de los artesanos. Pero quizás mucho más importante que la supervisión policial es el hecho de que los artesanos no exigían demasiado de sus legisladores nacionales. Uno puede en vano buscar programas sociales o económicos en sus discursos y escritos, aún cuando pedían beneficios individuales tales como leyes de seguridad social y descanso dominical; sin embargo, la ausencia de debate o publicidad en relación a temas básicos entre los artesanos quiteños, sugiere que los ímpetus para el desarrollo de un programa de clase provinieron de los artesanos de Guayaquil <sup>18</sup>.

La incapacidad de los artesanos para formular un programa puede ser explicada en términos de su falta de habilidad organizacional, sus divisiones internas, el conservatismo de sus dirigentes y por la resistencia de la élite a aceptar incluso las limitadas demandas de la clase trabajadora. Sin entrar en mayores detalles, la legislación aprobada por el Congreso en beneficio de los trabajadores y artesanos fue muy difusa, quedando en último término, la responsabilidad de las relaciones laborales en manos de la guardia pretoriana del Estado, la policía <sup>19</sup>. Un fuerte elemento de paternalismo y quizás de genuina preocupación por los artesanos entre algunos conservadores quiteños (especialmente Jacinto Jijón y Caamaño) no debiera oscurecer el profundo abismo de clases que resultaba si no en hostilidad, al menos, en indiferencia hacia sus peticiones. Es verdad que los liberales, bajo la conducción de Eloy Alfaro, incentivaron la organización de la clase trabajadora, pero el precio —apoyo político— era demasiado alto para los conservadores maestros quiteños. Tampoco la legislación aprobada durante los congresos liberales indica gran preocupación por los problemas de la clase trabajadora. La falta de poder de los artesanos era la resultante de fuerzas de ambos lados: entre los artesanos y entre las clases dominantes.

Un incidente revela en forma sucinta algunas de estas contradicciones: en 1892 la Sociedad Artística e Industrial llevó a cabo la publicación de su periódico oficial, "El Artesano". Se decidió distribuir gratis el periódico a los miembros de la legislatura de manera que sus miembros pudieran leer "lo que las clases bajas y trabajadoras quieren" <sup>20</sup>.



Al tratar de entrar a la Cámara de Diputados, el representante de *El Artesano* fue duramente expulsado por un oficial y la puerta fue cerrada en sus narices. Persistente, él se las arregló para entrar al Senado sin dificultades llevando en la mano una copia del periódico, cuando:

Salió su Majestad chiguacense con la misma furia y aunque lo recibió con seño, capaz de atemorizar al Czar de Rusia, preguntó cuántos traía y al oír que 42 ejemplares, arrojando por un rincón al pobre "Artesano" (es decir al periódico) dijo "pues si no mandan 50, no se reparte".

El corresponsal de *El Artesano* terminó su reportaje preguntándole al Presidente del Senado:

Haga comprender a ese nómada que en los países ya civilizados, no se trata de ese modo ni al más ínfimo de los ciudadanos, y que vaya aprendiendo, para cuando regrese a sus vastísimos dominios, trate a sus vasallos con suavidad.

Aunque, en general, los artesanos carecían de poder para afectar importantes decisiones que tenían que ver con su futuro, hay muy poca evidencia sobre solidaridad o de conflicto de clases, indicando su conducta que ellos no estaban cohesionados ni eran militantes. Quito no presencié ninguna acción de masa por parte de los artesanos en el período en consideración, excepto para las fiestas religiosas o patrióticas. Hugo algunas huelgas que se limitaron a unos pocos talleres aislados, pero la única que se extendió a una artesanía completa fue la antes mencionada huelga de los empleados de los maestros sastres. Y ella tuvo muy poco apoyo de los otros sectores<sup>21</sup>. Los artesanos estaban conscientes de la necesidad de unirse, lo que se demostraba por la organización de la Sociedad Artística e Industrial en 1892, por la formación de nuevos gremios (por ejemplo el de betuneros en 1908, el de los empleados de bares y restaurantes en 1917 y el de los panaderos el mismo año), y más claramente por la convocatoria al Segundo Congreso Obrero, en 1920. Pero aunque los artesanos buscaban su organización y su unidad, los resultados indican la existencia de un movimiento débil y dividido.

Las causas básicas de la división eran el status y la política. En una sociedad altamente estratificada como era la de Quito, en donde la movilidad era difícil y donde la élite gozaba de grandes privilegios y prestigio, el sta-

tus de las personas llegó a ser un determinante muy importante en la ubicación social y psicológica. Es entendible entonces que los artesanos le asignaran tanta preocupación a su status, por lo que, consecuentemente, establecieron jerarquías muy definidas que causaron bastante conflicto.

La diferencia de status más obvia era el título que uno poseía. El maestro dirigía su taller, el gremio y la Sociedad Artística; controlaba también el capital y los otros medios de producción; y además, cuidaba celosamente de su posición. En los documentos de la Intendencia y en el Código de Policía existe una amplia evidencia que muestra como operaba el sistema: para convertirse en maestro uno tenía que aprobar un examen ante tres maestros del oficio (incluyendo, si era posible, al maestro mayor), tener pruebas de buena conducta y poseer el capital necesario para instalar un taller. La responsabilidad formal en la supervisión de todo el proceso recaía en la policía, pero los maestros hacían causa común en el cumplimiento de los artículos del código que estipulaban que sólo podían establecer talleres de servicio al público los maestros con diploma, y que éstos debían exhibirse en el taller<sup>22</sup>. En junio de 1902 "El Tiempo" informó que el maestro mayor de los zapateros pidió a la policía una revisión del diploma de todos los maestros, y éstos que obligara a aquellos que no los tenían a presentarles un examen oral<sup>23</sup>. Unos pocos días después, el maestro mayor de los sastres recordó a los miembros del gremio que previo a convertirse en maestros debían rendir un examen ante las autoridades competentes<sup>24</sup>.

En el seno del movimiento, los maestros dominaban la conducción. No solo por ley debían dirigir los asuntos del gremio sino que eran también los únicos voceros del movimiento. Por ejemplo, los maestros integraban todas las delegaciones oficiales y nunca permitían que los empleados los representaran. No está claro sin embargo, si los gremios u otras organizaciones de los artesanos permitían una participación igualitaria en su interior, es claro eso sí que los maestros dominaban los asuntos externos<sup>25</sup>.

Unos pocos maestros desarrollaban fuertes lazos con la élite<sup>26</sup>. Ellos eran líderes de organizaciones en las que los contactos con las clases altas eran necesarios o posibles; por ejemplo, en las relaciones entre artesanos

y clientes. Aquellos maestros eran instruidos, frecuentemente propietarios de empresas de respetable tamaño, y, políticamente comprometidos. Hay claras indicaciones de movilidad ascendente y paternalismo. José Váscones alcanzó rangos políticos y militares a través del patrocinio de Eloy Alfaro. Los artesanos conservadores, particularmente Julián San Martín que fabricaba espejos y editaba "El Industrial", y Manuel Chiriboga Alvear, un sastre inclinado a las letras, orgullosamente disfrutaban de su relación con la élite conservadora conducida por su ideólogo e intelectual, Jacinto Jijón y Caamaño. En efecto, Chiriboga Alvear dedicó su obra de dos volúmenes "Resumen Histórico de la 'Sociedad Artística e Industrial de Pichincha', a Jijón y Caamaño<sup>27</sup>. La aristocracia y los artesanos también se codeaban en las diversas actividades del Círculo Católico de Obreros, una organización establecida por quiteños conservadores —clericales y seculares— en respuesta a la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII. Ambas partes se beneficiaban de estas relaciones: ni el prestigioso maestro ni la clase alta querían conflictos. a menudo, se referían orgullosamente a la ausencia de disputas sociales y se congratulaban de su habilidad para evitarlas. En parte por esta razón, es que la huelga de 1918 fue una terrible sacudida para la sociedad quiteña: los empleados no sólo desafiaron a los maestros sino que también a los supuestos básicos del acuerdo social. Había otras formas a través de las cuales los maestros ejercían su status dentro de la clase trabajadora, pero lo central debería quedar en claro: el título era la condición sine qua non de denominación.

Sin embargo, incluso dentro de los maestros, existían enormes diferencias. Había un mundo entre José Váscones, cuyo capital era de S/. 30.000, y el sacrificado maestro betunero. Obviamente la diferencia básica era el ingreso, pero también las habilidades jugaban una parte importante: los maestros sastres y tipógrafos se veían claramente como superiores a los betuneros, albañiles e incluso los zapateros. Cuando Serafín Flor, un zapatero, fue nominado candidato a presidente de la Sociedad Artística e Industrial en 1893, en oposición al actuante Váscones, éste, en las palabras de Chiriboga Alvear, se mostró absolutamente sorprendido 'por las pretensiones de una persona que el consideraba su inferior'<sup>29</sup>. En conversaciones con colegas acerca

de la situación, y en las que participó Chiriboga Alvear, éstos coincidieron con Váscones: Aunque a nosotros nos descorazonase la pretensión de una persona, que si honrada y laboriosa, carecía de todo prestigio y no tenía ninguna representación social, careciendo asimismo de las necesarias cualidades y aptitudes para ser elevado a tan alto puesto; pues Serafín Flor, en la clase obrera no significaba gran cosa<sup>30</sup>.

Los tipógrafos mostraron su actitud hacia el movimiento en una carta escrita por el Presidente de la Sociedad Tipográfica, Miguel Angel Endara, al Jefe General de Estadística y Antropometría, el cual en conformidad con al artículo 118 del Código de Policía, requería cierta información concerniente al número y nombres de los miembros de sus talleres. Endara replicó ácidamente diciendo que los tipógrafos no estaban organizados en talleres con empleados y aprendices, y que la Sociedad incluía miembros que poseían la calificación pero en ese momento no los practicaban, y que 'la Tipografía no es un arte manual, ni puede decirse que los que se dedican a ella sean propiamente artesanos'<sup>31</sup>.

El rango entre los gremios se demostraba de diversas maneras, desde el orden que se mantenía al marchar en una procesión hasta el control de la Sociedad Artística (ejercido fundamentalmente por los sastres y tipógrafos). Aunque un sastre pobre no gozaba de un status superior al de un pobre albañil, la impresión que se obtiene de la información, es que paralelamente con una aristocracia de trabajadores existía un elemento lumpen, lo que estaba basado en el oficio que cada uno practicaba: Los sastres y tipógrafos (con algunos joyeros) al extremo superior y los albañiles y los betuneros al inferior.

El por qué los sastres, tipógrafos y joyeros gozaban de un mayor prestigio (y probablemente los mayores ingresos) no es enteramente claro. Ciertamente los tipógrafos poseían educación, acceso a los medios de comunicación (si no control) y una habilidad altamente mecanizada. Los joyeros trabajaban con metales preciosos y con artículos valiosos como los relojes, los cuales requerían gran habilidad y un cierto capital previo. Sus clientes eran casi exclusivamente de clase alta dando lugar así a poderosos lazos entre los dos grupos. Entre los sastres, solo un puñado, quizás de veinte maestros, alguna vez ganaron suficiente dinero para convertirse en

mercaderes o dirigentes comunales; sin embargo, ellos dominaban la Sociedad Artística e Industrial con los tipógrafos, llegaron a ser innovadores tecnológicos y educadores, y dieron lugar al primer representante de la clase trabajadora del congreso, José Váscos.

En la relación entre el maestro, el operario y el aprendiz existía opresión. Por supuesto el maestro era el jefe: proporcionaba el capital del taller, era el propietario de las herramientas, pagaba los salarios, supuestamente enseñaba su oficio y, además, a través de diferentes formas, ejercía hegemonía económica y psicológica. Independientemente del tamaño del taller, el conflicto podía ser muy agudo. La información acerca de los empleados es escasa puesto que generalmente los maestros controlaban los canales a través de los cuales los subordinados pudiesen haber comunicado sus reivindicaciones. Así, los documentos revelan las tensiones existentes en la forma de ofensas cometidas, normalmente por el operario contra el maestro y quejas acerca de la falta de cumplimiento para completar su trabajo o de falta de pago por parte del cliente a otro artesano.

Es necesario distinguir a los operarios de los aprendices; el primero recibe salario, este último no. Además, el operario esperaba eventualmente con el transcurso del tiempo, montar su propio negocio con el capital ahorrado mientras trabajaba para el maestro. Por tanto, era un potencial competidor, y en la medida que manejara mejor su arte, era más peligroso. Por otro lado, el aprendiz no poseía habilidades y tampoco recibía dinero; su maestro lo podía ver ya sea como una disipación total (de recursos) o como un trabajo 100 por ciento excedente<sup>32</sup>. Para el maestro, el operario era un problema mayor, pero ambos representaban una gran inversión en dinero, tiempo y paciencia mientras aprendían sus habilidades. En un largo lamento que apareció en "El Artesano", el editor de "El Industrial" escribió que solo un artesano puede crear otro: "El artesano no se ha formado sino merced a la filantropía de otro artesano ...'quien a fuerza de voluntad y posteriormente gran sacrificio establece un taller ...' y que sin considerar las decepciones y la ingratitud del aprendiz, se dedica oficiosamente y gratis a transmitirle sus conocimientos; sucediendo, no pocas veces, que la recompensa sea, que el discí-

pulo se le convierta, después, en gratuito y encarnizado enemigo"<sup>33</sup>.

Generalmente, el empleado trabajaba largos años con el maestro esperando que llegara el día en que podría instalar su propio taller. Unos pocos documentos atestiguan esta situación: un joyero en plata, Juan P. Espinosa, al solicitar su título de maestro, argumentó que él había trabajado doce años en dicho oficio, cinco de ellos para un maestro. Otro, Joaquín Tinta, trabajó durante ocho años en un taller<sup>34</sup>. Un hojalatero, Anatolio Povea, dijo que él había estado aprendiendo su ramo 'por siete largos años'. A pesar de su pobreza y falta de capital, esperando abrir 'un pequeño taller y nada más'<sup>35</sup>.

Uno de los reflejos más claros de las tensiones existentes dentro de los talleres era el constante robo de herramientas y materiales. El dinero era un objeto de robo mucho menos frecuente de lo que uno puede esperar, lo cual trae preguntas acerca de la naturaleza de la economía quiteña, la importancia del dinero en relación a los medios de producción y el tipo de hostilidades entre el maestro y el empleado. El robo puede no haber sido puramente un acto económico sino que más bien una expresión de resistencia a las diversas formas de opresión. Por supuesto que la mayoría de las herramientas eran importadas por lo que representaban una inversión sustancial, pero si las condiciones de existencia marginales de los empleados los llevaban a robar, el dinero hubiera satisfecho sus necesidades más adecuadamente. Aparte del robo, se encontraba que los ataques físicos y el flujo frecuente de pequeños casos sobre conflictos del trabajo y pagos presentados a la Corte, eran otras expresiones de tensión.

En enero de 1919, José M. Vizcaino se quejó ante la Corte Superior acerca del tratamiento que había recibido. En su propia versión, él, 'un obediente y respetuoso' empleado por muchos años, un día retornó ebrio al taller. El patrón lo reconvino y él le respondió insolentemente a su 'querido maestro', que golpeó a Vizcaino con un paraguas. Este replicó lanzándole una plancha a su maestro, hiriéndolo. Posteriormente la policía arrestó a Vizcaino y, en la Comisaría, fue multado en siete sucres, forzado a pagar los gastos médicos que alcanzaban a seis sucres y, además, sentenciado a

treinta días de prisión. Entonces, perdonado por su maestro retornó a su trabajo. Después de dos meses de libertad un policía le informó que en la Comisaría se había cometido un error, siendo reencarcelado. Vizcaino elevó su queja después de 68 días adicionales de cárcel <sup>36</sup>.

Un carpintero, Manuel Ramos, se quejó a la policía de que, en julio de 1908, y mientras él se encontraba enfermo, su empleado se había llevado herramientas y las llaves del taller, lo cual estaba avaluado en S/. 41,70 <sup>37</sup>. Daniel Barriga acordó trabajar en la peluquería de Víctor M. Iza por S/. 60 mensuales. Aparentemente, Barriga no cumplió su contrato pues Iza lo demandó exitosamente, después de lo cual el primero retornó de mala gana al trabajo. Permaneció por un tiempo en la tienda para luego dejarla nuevamente, Barriga entonces apeló ante la policía para una clarificación de los términos del contrato. Mientras las autoridades sometían a juicio el caso, Barriga pidió que no se emitiera orden de captura contra él ni tampoco se tomara ninguna acción coercitiva. Según dijo, el contrato lo obligaba a trabajar durante cinco días a la semana, pero, de hecho, él estaba trabajando siete <sup>38</sup>.

La forma más obvia y extrema de reacción a las tensiones entre el maestro y el empleado era la huelga. El hecho de que entre 1890 y 1920 se hubieran declarado tan pocas en Quito no significaba que hubiera ausencia de conflicto. La misma naturaleza del movimiento trabajador hizo que la huelga se tornara un arma inefectiva y virtualmente inconcebible. Para entender lo sucedido entre enero y febrero de 1918 uno debe observar la reacción de los empleados contra el fuerte incremento en el costo de la vida <sup>39</sup>. Los maestros sastres habían podido reajustar sus tarifas pero sus empleados no habían recibido ningún ajuste en sus salarios. Los empleados asalariados sintieron la erosión en sus estándares de vida y en 1918 solicitaron aumento de salario.

Desafortunadamente, es un misterio la forma en que los empleados organizaron la huelga, sus demandas específicas y la forma en que finalmente fue resuelta. En un comienzo "El Comercio" expresó cierta simpatía por los huelguistas anotando que se había producido un incremento general de precios <sup>40</sup>. Sin embargo, en la medida que la huelga continuó, dicha actitud cambió, empezaron a es-

condense las causas de tal acción y se comenzó a hablar de 'paro general'. En realidad, la huelga quebró en dos al gremio de los sastres, pero la información existente no clarifica las posiciones de los dos grupos: no obstante, una parecía ser la organización de los empleados <sup>41</sup>. De cualquier manera, el Intendente intervino como negociador llamando a una reunión al conjunto del gremio, pero sus intentos de encontrar una solución fracasaron. Mientras continuaba la huelga, en un taller dos empleados que demandaban mayores salarios fueron despedidos. Los restantes trabajadores, a su vez, se declararon en huelga por compañerismo, ... 'cosa que no ha habido nunca entre nosotros' hasta que sus colegas fueron reintegrados al trabajo <sup>42</sup>.

El 7 de febrero "El Comercio", en su edición matinal, traía un comentario sesgado, en el sentido de que la huelga había finalizado en todos los talleres <sup>43</sup> excepto en el de A.T. Cevallos cuya numerosa clientela reclamaba de muchos empleados. Cevallos no aceptó sus demandas, por lo que se negaron a retornar al trabajo, estando además impedidos a entrar a cualquier otro taller, puesto que los estatutos de la Sociedad de Sastres de Quito estipulaban que ningún maestro podía recibir a un empleado de otro maestro sin el permiso de este último <sup>44</sup>. El diario llamaba entonces a dar muestras de buena voluntad por ambas partes para resolver la disputa 'dando así una pública manifestación del espíritu de solidaridad que debe existir entre todos los que ganan la vida con su honrado trabajo, también de filantropía de parte de un ciudadano obrero que con su laboriosidad y competencia figura debidamente no solo entre los artesanos, sino también entre los capitalistas'.

La huelga planteó un conjunto de preguntas acerca de la naturaleza de la clase trabajadora, sus divisiones internas y sus respuestas a las presiones sociales y económicas. Reveló claramente que los artesanos eran capitalistas y sus empleados, trabajadores, aunque ambos eran artesanos y no pertenecían a la élite. La huelga dio un ejemplo de organización dentro de un oficio y de sus explotados trabajadores, cosa hasta el momento insospechada en la historia de Quito. Los empleados demostraron que, sin el liderato del maestro, se podían movilizar por sí solos hacia afuera de los talleres individuales, institucionalizar su movilización (en la forma de un gremio separado), y, enunciar demandas específicas relacionadas

con su propia situación. Esto representaba un significativo paso adelante en el desarrollo de la conciencia de clase. Tal como un columnista de "La Voz del Obrero" escribió durante la huelga:

Con todo aplaudo a los operarios sastres, —no por los díceres huelguistas, por cuanto mientras los unos se dan vacación, habría unos que sin confraternizar con aquellos acudirían a los talleres y los dejarían aislados; —aplaudo, digo, porque hayan comprendido que la asociación es el primer paso que debe darse si se quiere el mejoramiento económico y social del obrero <sup>45</sup>.

Así, los artesanos de Quito se mostraron a sí mismos que eran una clase dividida interiormente por el status, la política y por las diferentes relaciones con los medios de producción. Pero ¿Cómo se veían ellos efectivamente? ¿Qué percepción de clase tenían? Cuando se referían a ellos mismos en términos colectivos, se llamaban casi indistintamente 'proletariado', 'trabajadores', 'industriales', 'operarios' y, por supuesto 'artesanos' <sup>46</sup>. El uso de esta variedad de términos para autodefinirse refleja confusión acerca de su precisa ubicación social. Es significativo que la organización más grande de la clase trabajadora fuera denominada la "Sociedad Artística e Industrial de Pichincha". Dicho título contenía la amplia y contradictoria visión de las organizaciones que la constituían, y, era en efecto, tema de algún debate. Los fundadores discutieron también acerca de las condiciones requeridas para ingresar a la sociedad <sup>47</sup>. Aunque entre los fundadores se incluyen dos hojalateros, un zapatero y un sombrero, al elegirse el primer directorio de la Sociedad se encuentra a un pintor, un escultor, un músico y cinco industriales, además de los representantes de cada uno de los gremios de Quito <sup>48</sup>. En 1894 fue organizado por primera vez el Círculo Católico de Obreros <sup>49</sup>. Sus estatutos permitían la entrada solo a aquellos que gozaban de buena reputación por conducta y honor, a los católicos practicantes, a los no crónicamente enfermos, a aquellos que no eran miembros de instituciones prohibidas por la Iglesia, a aquellos que practicaban un oficio, una profesión liberal o alguna industria, o quienes tenían medios de subsistencia visibles y todos aquellos que cumplían con variedad de requisitos adicionales <sup>50</sup>.

En 1909 Quito presenció el primer Congreso Obrero ecuatoriano, organizado bajo los auspicios de la Sociedad Artística con la colaboración de la Confederación Obrera del Guayas, de cuyos miembros provino la idea original. La circular que convocó al Congreso requería la participación de los 'diversos centros artesanos e industriales del país' y afirmaba claramente que: 'Los delegados pueden ser de la clase obrera o de otras clases sociales' <sup>51</sup>. Pero al evento asistieron representantes de otras clases sociales lo cual dio lugar a un áspero debate dentro del Segundo Congreso Obrero. Ya en 1920 la clase trabajadora no permitió más la participación de profesionales y empresarios (entre otros) en sus asuntos internos. Indudablemente, la deteriorada situación económica agudizó las diferencias y elevó el nivel de conciencia entre los trabajadores industriales y manuales, entre los maestros y oficiales, y entre los propietarios de los medios de producción y los asalariados. El tema central del Congreso fue, ¿Quién tiene derecho de estar aquí?

Durante su largo proceso de organización, los miembros de la comisión discutían constantemente acerca de si éste debía ser llamado el Primero o el Segundo Congreso. La delegación de Quito insistió, y finalmente ganó, de que debía llamarse Segundo, pero los Guayaquileños argumentaban que el Congreso de 1909 no fue realmente de la clase trabajadora debido a que incluyó a intelectuales <sup>52</sup>. La discusión también fue acerca de la admisión de una delegación de mujeres <sup>53</sup> y sobre la aceptación de la constitución aprobada en el Primer Congreso, puesto que en éste habían asistido numerosos elementos burgueses <sup>54</sup>. Cuando los delegados comenzaron a debatir la constitución, artículo por artículo, de inmediato se desató el conflicto sobre la definición de trabajador y de industrial, que a juicio de algunos era enemigo del trabajador. Finalmente se logró un acuerdo: 'Serán tenidos como industriales para la exclusión en la participación social del obrerismo, aquellos que teniendo un taller o industria, no hayan sido antes operarios y obreros manuales' <sup>55</sup>. Pero en ningún caso este compromiso apaciguó el debate sobre el tema central; al discutir la cuestión de la elegibilidad para asistir a las futuras reuniones el Congreso regresó al conflicto. El artículo bajo consideración estipulaba que sólo aquellos que practicaban 'algún arte u oficio' y

aquellos que eran miembros activos de la sociedad de trabajadores, deberían ser permitidos como delegados. Un tipógrafo quiteño objetó el acuerdo diciendo que el artículo excluiría a muchos artesanos que ya no practicaban su oficio, por ejemplo, debido a enfermedad<sup>56</sup>. Su real significado apareció cuando, luego de una serie de oradores, el vicepresidente del Congreso intervino apoyando la objeción, pero también aceptando el argumento de excluir a un trabajador que se ha convertido en industrial. El tipógrafo replicó que no porque el trabajador haya dejado su actividad por un trabajo mejor remunerado, necesariamente abandona a sus compañeros<sup>57</sup>. El delegado de los betuneros del Guayas argumentó que sólo los trabajadores manuales deberían ser elegibles 'porque son los únicos que están en continuo roce y conocen las necesidades de la clase'<sup>58</sup>. Los ánimos se fueron caldeando: otro delegado acusó la asistencia de un hombre que, lejos de ser un trabajador, lo explotaba directamente a través de su sociedad, la 'Abastecedora del Mercado'<sup>59</sup>. A renglón seguido, una sucesión de oradores de las diferentes posiciones comenzaron a mostrar sus credenciales como trabajadores, y uno hasta llegó a justificar sus negocios: 'Este es mi procedimiento; si de una vaina de alberjas, salen cinco granos, dos son para él, dos para mí, y el otro para sembrar', a lo cual vino la obvia respuesta: 'el señor Cevallos quiere decir que explota a ese pobre hombre que le trabaja, desde que, sin él hacer nada, le quita el 50 por ciento de lo que produce'<sup>60</sup>.

Aunque los artesanos costeños tendían a tomar posiciones más radicales que sus camaradas de la sierra, sería un error no ver estos conflictos como parte del dilema de todo el movimiento artesano. Incluso la cuestión de si otorgar medallas o premios, y si así fuese a quién, causó disensión. El representante del Centro Católico de Obreros argumentó que el galardonado no sólo tendría que reunir un conjunto de cualidades, sino que también podría ser cualquier trabajador, ya sea rico o pobre, 'y bien sabido es que entre los pequeños obreros hay muchos que merecen más que los mismos maestros'<sup>61</sup>. El movimiento había cambiado sustancialmente entre 1890 y 1920: si ya no era más posible llamar a todos industriales, artesanos y trabajadores, el proletariado o la clase trabajadora, al menos había un grado creciente de concienti-

zación acerca de las contradicciones entre el capital y el trabajo.

Independientemente de sus diferencias en definir precisamente quienes pertenecían a la clase trabajadora, cada componente se veía a sí mismo como el oprimido, el abandonado y el proletario desprovisto de poder. Esta autoimagen tendió a intensificarse con el tiempo. Las características básicas de la clase trabajadora, y que emergen de su retórica, incluían un trabajo muy duro por un salario demasiado pequeño, descuido o explotación cínica por parte de los políticos, falta de respeto por parte de la élite, y falta de 'cultura', esto es, comportamiento y educación. En su mayor parte esta percepción era acertada pero las constantes referencias a la humildad y timidez de los artesanos, lo lleva a uno a preguntarse cuánto de esta imagen se basaba en las condiciones sociales y cuánto en un sentimiento de autocompasión.

En el tercer número de "El Artesano" esta visión se presenta claramente:

¿Qué es el artesano, el industrial y todo lo que pertenece a la clase obrera, en los países como el nuestro? Entre los ricos y los aristócratas es un ente envilecido, que sirve tan solo para proporcionarles algunas comodidades, de las que no se pueden prescindir; de aquí proviene el desprecio hasta del nombre mismo que lleva, pues el nombre de ARTESANO es el sinónimo de hombre sin dignidad, sin criterio, sin convicciones propias y sin el carácter esencialmente social<sup>62</sup>.

Según los editores, parte de la causa de estas actitudes, debe estar en los artesanos que no cumplen sus compromisos, y que realizan un mal trabajo. Pero alguna responsabilidad debe recaer en la sociedad (incluyendo a su gobierno) que admira todo lo que proviene del exterior y desdeña lo que es nacional. Y continuaba:

'Ante los Gobiernos, ¿qué es la clase obrera? si esos son ambiciosos y tiranos, los artesanos son los instrumentos de que se sirven para alcanzar sus fines derramando su sangre, no pocas veces en campañas fratricidas, haciéndole el peldaño para escalar el poder'<sup>63</sup>.

En la medida que los artesanos se veían ellos mismos en relación a la élite, reflejaban la clara estratificación que caracterizaba a la sociedad ecuatoriana. La retórica colocaba al maestro y al empleado, al albañil y al sas-

tre en una misma clase, pero esto proyectaba una imagen exagerada de conciencia y unidad. Los artesanos atacaban a la clase alta muy rara vez. En realidad, deseaban la conciliación. Chiriboga Alvear relata acerca de la favorable cooperación que se dio en 1907 entre los artesanos y la aristocracia, en la celebración del día de la independencia nacional de Chile (18 de septiembre). La resurgente Sociedad Artística era suficientemente fuerte para originar una situación en la que por primera vez, 'la representación de la distinguida clase social, como era el antedicho 'Club Ecuador' confraternizase con la clase obrera...' 64.

Los artesanos, no más que la élite, incentivaban debates sobre el conflicto de clases. La rabia y la frustración de los primeros estaba reservada para los políticos, a quienes percibían como sus directos explotadores. Por supuesto que lo anterior reflejaba el que los artesanos sentían su falta de poder del mismo modo que las reivindicaciones económicas y otras más. Sin embargo, es dudoso que los artesanos hayan ligado efectivamente a los políticos con la clase alta; no obstante la cuestión se oscurece aún más debido a que parte importante del resentimiento se refiere a críticas partidarias ya sea de un político liberal o uno conservador. Los artesanos tenían muy claro quienes eran responsables de su abandono en la política social y económica, de quien eran las guerras civiles que perturbaban la economía y distraían a los hombres de su trabajo, y quienes eran los que imponían impuestos injustos.

El ultra católico Julián San Martín escribió en 1893 (cuando había un gobierno conservador) que en Ecuador los artesanos, los industriales, los trabajadores habían sido largamente ignorados por los gobiernos, los que nunca les extendieron 'su mano protectora', y, si es que incentivaban los oficios, nunca ayudaron a los artesanos nacionales.

El artesano es la porción del cuerpo social que más cargas tiene que soportar y más deberes que llenar. El artesano, el industrial, el obrero, el menesteral, no sólo paga al Estado, en igualdad relativa, todas las contribuciones, todos los pechos y gabelas que pesan sobre la Nación toda, sino que es él el único y directo contribuyente, porque, el propietario, el agricultor, el comerciante, del artesano sacan, al trabajador

oprimen, al menesteral torturan, para pagar lo que les toca... 65.

En octubre de 1911, la celebración del aniversario de la Sociedad Artística le permitió al maestro sastre Luis Molina hablar sobre el tema 'trabajo'. En su discurso se refirió a la generalizada creencia acerca de que los trabajadores eran bestias de carga en tiempo de paz, y, carne de cañón, en tiempos de guerra 66. Al examinar la veracidad de esta percepción Molina encontró que era acertada. Los trabajadores pagaban sus impuestos y eran manipulados cínicamente por los gobiernos. Y eso no era todo: 'las clases sociales que se creen más elevadas, los explotadores de oficio y los gobiernos, no han hecho otra cosa que aprovecharse de la buena fe y la humildad digamos de ese mismo pueblo para enriquecerse, para gozar de toda clase de comodidades, para convertirse en señores feudales, a costa del sudor, de la sangre y hasta de la vida misma de la infeliz clase que nos ocupa' 67. Y en relación a los líderes políticos: '¿Y los caudillos?... ¡Oh! los caudillos... Haciendo escalones sobre tantas víctimas han subido al pedestal de sus ambiciones'; y una vez allí descuidaban completamente a la clase trabajadora 68.

Aunque los artesanos de Quito se creían una clase explotada, víctima de la élite y especialmente del gobierno, su imagen tenía otros elementos. En primer lugar los artesanos mostraban gran orgullo en su vocación y, segundo, se veían a ellos mismos como unificados para poner fin a la explotación a través de sus propios esfuerzos. En una sociedad donde la élite despreciaba el trabajo manual, el orgullo de los artesanos por su trabajo era particularmente mordaz, y parecía que la clase alta debiera estar agradecida. Repetidamente los artesanos argumentaban que ellos constituían la fuerza productiva, progresista (y en ocasiones socialmente responsable) de la nación. Sin los artesanos, el Ecuador, sería aún más atrasado de lo que era. Por supuesto, frecuentemente tales afirmaciones estaban ligadas a peticiones específicas al gobierno por protección o a críticas de ciertas políticas, pero para nuestro propósito la visión de los artesanos revelaba una conciencia y un orgullo de clase basado en su papel como trabajadores y en algún sentido de su importancia para la comunidad.

A raíz de la imagen de explotación, su importancia para el Ecuador, y a partir de la

realidad de su falta de poder y en muchos casos de su pobreza, nació la convicción de que la clase trabajadora estaba a punto de poner fin a dicha situación. Frecuentemente en tono militante, los artesanos declararon su determinación de hacer escuchar sus demandas por parte de las autoridades, y de forzar a la élite a apreciar su aporte. En verdad este era más un grito de frustración que de militancia, pero reflejaba un estado de ánimo que tenía bastante poco que ver con la realidad excepto en un sentido: que se estaba alcanzando lentamente *momentum* en la organización del Segundo Congreso Obrero, en 1920, y a los trágicos eventos de noviembre de 1922 en Guayaquil. Las divisiones dentro del movimiento demostraron ser más fuertes que las fuerzas unificadoras. Pero es necesario reconocer que los artesanos planteaban que su descontento y determinación darían paso a un nuevo día.

En 1918 por ejemplo, "La Voz del Obrero", publicada por la Sociedad Artística, llamó a trabajar duro y disciplinadamente para la preparación del Segundo Congreso, a realizarse dos años después. Decía, aquí no hay legislación social, excepto el Código de Policía que no hace sino oprimir a 'la pobre desheredada clase proletaria'. A aquellos que argumentan que no existen problemas en el Ecuador,

Entiéndase y lo decimos con todo el fervor de obrero que el tiempo de los serviles terminó hace siglos y si por conquistas de los déspotas subyugaban a los hombres sometiéndolos a sus caprichos y liviandades, esos tiempos pasaron a la historia para escarnio de esos inhumanos agentes de la maldad <sup>69</sup>.

Mientras que la imagen de un movimiento fortalecido ganó mayor creencia hacia 1920, existe alguna evidencia que muestra que los trabajadores se veían ellos mismos en términos menos obsequiosos. A fines del siglo pasado y comienzos del actual los volantes y editoriales escritos por los artesanos sugerían que ellos no deberían pretender ser escritores, ni dar opiniones ni mostrar mucha ambición. Un volante comenzaba: 'Con la timidez propia del humilde artesano...' <sup>70</sup>. La primera edición de "El Artesano" enfatizaba que, aunque el propósito del periódico era educar e informar a los artesanos, los editores no abrigaban ambiciones de convertirse en periodistas o científicos pues estaban cons-

cientes 'del peldaño social que ocupamos' <sup>71</sup>. Indudablemente muchas de tales afirmaciones eran retóricas que empezaron a extinguirse en la medida que pasaba el tiempo y que el movimiento crecía en tamaño y confianza. La explicación debe tener que ver, en alguna medida, con la profundización de la crisis que requería una retórica más violenta y, simultáneamente, un cambio de generación en el liderazgo: para 1920, aquellos que habían fundado la Sociedad Artística estaban muertos, o, reemplazados desde hace bastante tiempo por dirigentes más jóvenes. Los artesanos creían que ellos eran una clase oprimida, descuidada y explotada pero también el elemento productivo de la sociedad en proceso de desarrollar sus fuerzas para exigir lo que les correspondía.

De allí se seguía que la organización y la unidad eran esenciales para lograr sus objetivos, y que el llamamiento a solidarizarse indicaba la existencia de divisiones.

Las constantes convocatorias de los artesanos a la solidaridad reflejaban su conciencia de que sólo la unidad convertiría efectivo al movimiento. Cuando Luis Molina habló sobre el 'Trabajo', delineó algunas direcciones para el movimiento: La primera era educación y la segunda solidaridad, la piedra sobre la que el futuro de la clase trabajadora debe construirse. 'No busquemos idealismos que más tarde pueden trocarse en lágrimas y amarguras efectivas; luchemos por levantarnos, merced a nuestro propio esfuerzo y unámonos con lazos indisolubles para que la cuchilla del tirano o las viles promesas del canalla se hagan pedazos ante la fuerza de la unión' <sup>72</sup>.

Un claro indicador de la unidad es el nivel y efectividad de la organización. Un análisis de la organización de los artesanos sugiere que durante un período de treinta años las habilidades organizacionales se desarrollaron rápidamente; que dentro de las mismas organizaciones frecuentemente existían conflictos, confusión y algo de deshonestidad; que alcanzaron un limitado éxito ya sea en el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora, o, en la presentación de un frente sólido, y que aquellos grupos que lo hicieron independientemente cuyos propósitos estaban claramente definidos, obtuvieron mayores logros, como era el caso de la sociedad funeraria.

El Código de Policía estipulaba que los artesanos debían organizarse en gremios dentro de cada oficio, y el nombre del presidente, del vicepresidente y de todos los miembros, empleados y aprendices, debía ser entregado a la policía por los maestros mayores el primero de enero de cada año y la responsabilidad de las organizaciones artesanales residía en la policía. Las posibilidades de intervención y represión eran bastante más amplias que las que en efecto ocurrían: la naturaleza conservadora del movimiento quiteño obviaba dicha necesidad. En realidad, y como se sugirió anteriormente, el activo papel que jugaron algunos Intendentes y Comisarios, facilitó, a veces, la organización establecida por los maestros dentro de un contexto local. El gobierno de Alfaro, al igual que sus predecesores conservadores, no le temía al desarrollo de las organizaciones de los artesanos, al contrario, lo incentivaban. Independientemente de su motivo específico, la ayuda entregada a los artesanos por el Estado fue muy importante tanto en su organización como en su funcionamiento. Por supuesto que la política continuó siendo una de las causas fundamentales de la división, porque lo que les era dado con una mano les era quitado con la otra <sup>73</sup>.

Había en Quito varias organizaciones de trabajadores, de diferente estilo, que se definían a sí mismas por sus funciones y sus objetivos. Aunque muchas caían dentro de diferentes categorías estaban generalmente orientadas hacia problemas industriales o referentes al oficio, la política, el beneficio y bienestar mutuo, los rituales y la educación.

Los gremios formaban la base de las organizaciones involucradas en la artesanía y la industria —en realidad, eran el fundamento de todo el movimiento artesano. Estos parecen haber surgido de cofradías, las que actuaban como sociedades de ayuda mutua, que se ocupaban fundamentalmente de dar a sus miembros servicios funerarios decentes. La evidencia referente a la relación entre gremio y cofradía es escasa. La organización formal de los artesanos en gremios por parte del Estado 'moderno' data de 1884 cuando el Vicepresidente Agustín Guerrero decretó que la policía debería registrar a todos los hombres entre 18 y 60 años que estuvieran practicando algún oficio, profesión o industria. El artículo 3 se refiere, específicamente, a los gremios:

La inscripción contendrá una filiación exacta del individuo, y la expresión del arte, industria o profesión que ejerza; y se formará observando la debida separación de gremios <sup>74</sup>.

El nombre del primer gremio de Quito, organizado en 1886, testimonia la progresiva naturaleza secular del movimiento: Sociedad de Maestros Sastres 'Unión y Progreso' <sup>75</sup>. De acuerdo con su historiador el propósito del gremio era mejorar todo el oficio: "desde la técnica hasta la condición moral de sus miembros". Las puertas de los talleres fueron cerradas a los aprendices analfabetos, los materiales de trabajo mejorados y pronto los sastres quiteños comenzaron a ganar medallas en ferias nacionales e internacionales.

Claramente, la organización más importante de los artesanos, era la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, fundada en 1892 <sup>76</sup>. Su propósito específico era unificar a los gremios de la ciudad en un frente común para presentar a las autoridades las necesidades y condiciones de la clase trabajadora <sup>77</sup>. La idea encontró rápida aceptación y la inauguración formal de la Sociedad tuvo lugar conjuntamente con la inauguración de la estatua de Antonio José de Sucre, héroe nacional del Ecuador. Así, la Sociedad abrazó inmediatamente funciones rituales e industriales: lastimosamente, el **Resumen Histórico** es un interminable recital de festividades patrióticas y religiosas, en las que tomaban parte los líderes. La política emergía como la fuerza más divisiva dentro de la Sociedad. Internamente los conservadores y los liberales luchaban constantemente, y por momentos violentamente, por el control de la organización, la cual, como resultado, se disolvió entre 1894 y 1905. Los políticos también competían por el apoyo de la Sociedad: el gobierno de Luis Cordero destinó alrededor de S/. 6.000 para el financiamiento de la compra de la sede social permanente y Eloy Alfaro, por su parte, puso a la Escuela de Artes y Oficios bajo su supervisión, la que antes estuvo en manos de los salesianos. La Sociedad no podía ser cooptada por los liberales debido al conservadurismo dominante dentro de su liderazgo. Por otra parte, sólo en ocasiones los militantes conservadores obtuvieron el control sobre ella: los artesanos liberales permanecían en los rangos de la Sociedad y muchos se convirtieron en dirigentes. Además, el gobierno liberal que rigió a Quito (y al país) desde

1895 hasta 1925, impidió la entrega de la organización al partido Conservador.

Dos ejemplos de organización con fines industriales fueron el Primer y Segundo Congreso Obrero. El primero fue convocado en Quito coincidiendo con la celebración del centenario del abortado intento de independencia de España (agosto de 1809) —poco auspicioso evento para tratar de aglutinar a la clase obrera ecuatoriana por primera vez<sup>78</sup>. El Congreso fue poco más exitoso que los esfuerzos de agosto de 1809, aún cuando algunas demandas específicas fueron enunciadas y se permitió una elevación del grado de conciencia de clase. La circular anunciando el Congreso, y enviada por el Presidente de la Sociedad Artística (con el acuerdo de los delegados de Guayaquil) buscaba obtener una legislación referente, entre otras cosas, a la compensación de los trabajadores, a salarios mínimos, al establecimiento de casas para trabajadores inválidos, escuelas ocupacionales y casas para los niños huérfanos e indigentes, protección para la industria nacional, abolición de los impuestos al consumo de los artículos 'de primera necesidad', el establecimiento de escuelas, bibliotecas, instituciones de ahorro mutuo, etc.<sup>79</sup>. El Congreso finalizó con la firma de la Constitución de la Unión Ecuatoriana de Obreros. Aunque esto representó un programa básico para el movimiento, poco resultó del Congreso que incluía delegados de la élite como también de la clase trabajadora, todos divididos por problemas regionales y políticos. Incluso el acuerdo de celebrar al menos un Congreso cada dos años, fue ignorado —el Segundo Congreso se convino finalmente para 1920. Los logros fueron meramente de que la reunión se realizó y que los trabajadores del Ecuador formularon algunos principios básicos<sup>80</sup>.

Como se anotó antes, el Segundo Congreso, ya sea intencionalmente o no, puso en confrontación el tema básico de quiénes estaban comprendidos dentro de la clase trabajadora. Esto era esencial para decidir sobre un programa para el movimiento, representando así un avance significativo hacia su organización. Las resoluciones también reflejaron cambios acerca de las cuales eran las preocupaciones centrales de los delegados: ellos plantearon el estímulo al sector agrícola, el incremento en el salario de los trabajadores agrícolas (y también para los trabajadores manuales de

la ciudad), el establecimiento de escuelas de agricultura, legislación que protegiera a las mujeres trabajadoras e incentivos a sus organizaciones, el establecimiento de escuelas para mujeres, supervisadas por trabajadores de las sociedades locales, y el incremento del salario de las mujeres<sup>81</sup>. Quizás, la acción más significativa del Congreso, fue la recomendación a los trabajadores asalariados para que formaran sindicatos industriales. Pero esto no significaba mucho para la clase trabajadora quiteña, predominantemente artesanal, y por tanto dominada por el maestro y el taller.

Entre las organizaciones de trabajadores orientadas políticamente, el Círculo Católico era la más antigua, (organizada en 1894 y reorganizada en 1906) y también, la más efectiva. Esta reconocía abiertamente sus vínculos con la élite, la Iglesia Católica y el Partido Conservador. En realidad, uno de sus fundadores, Jacinto Jijón y Caamaño, se convirtió en el líder del Partido Conservador, y otro líder anterior figuró más tarde de manera prominente en la política ecuatoriana, José María Velasco Ibarra. El Círculo se fijó otras funciones, a ser revisadas enseguida; no obstante, jugó un importante rol político al mantener la naturaleza conservadora del movimiento artesano quiteño a través de los contactos entre la clase trabajadora y los miembros de la élite.

Por su parte, los liberales nunca lograron construir una organización similar, para atraer hacia sus banderas a los trabajadores. Desde 1908 a 1911, los intentos de controlar la Sociedad fallaron estrepitosamente, a pesar de las tácticas de mano dura, como el copar el salón de sesiones, y, otros métodos cuestionables. La mayoría de los artesanos quiteños eran sólidos conservadores o estaban dispuestos a mantener la Sociedad fuera de la política. En consecuencia José Váscones, con la ayuda de Miguel de Albuquerque, un radical costeño que era ciego, y del entusiasta apoyo de Alfaro, llevaron algunos liberales de la Sociedad a formar la Unión Obrera de Pichincha<sup>82</sup>. Es significativo no obstante que la organización no haya obtenido demasiado apoyo y que se supiera poco de ella. Quizás la muerte de Váscones, en 1911, provocó su desintegración<sup>83</sup>.

La dura lucha entre los liberales y los conservadores durante gran parte del período que va de 1890 a 1920 llevó de vez en cuando, a los gremios y a ciertos artesanos a la arena

política y provocó la organización de grupos ad-hoc de artesanos. Sin embargo, en las lealtades políticas de los gremios no hay un patrón consistente, ni tampoco emerge una organización permanente. En base a la información disponible, los tipógrafos aparecerían favoreciendo a los liberales, pero sería peligroso adscribir a alguna tendencia política a cualquier otro gremio. Posteriormente aparecieron al menos dos proyectos con propósitos políticos: uno, en julio de 1919, una alianza entre los capitalistas de Quito y la Liga Nacional Obrera Antisocialista para 'emplear los medios posibles para impedir el desarrollo y las manifestaciones del socialismo'<sup>84</sup>. El otro proyecto contemplaba el poner a un representante de la clase trabajadora dentro de la legislatura nacional. En febrero de 1918, "La Voz del Obrero", el vocero de la Sociedad criticó, en su artículo editorial, a los 'grandes intelectuales' por no hacer nada por la clase trabajadora, excepto aprobar impuestos y crear dificultades administrativas. La clase trabajadora de Pichincha decía "La Voz" no desea involucrarse en política: tan sólo quiere representación en el próximo congreso<sup>85</sup>.

Las organizaciones de los artesanos crecieron de la necesidad de apoyo mutuo, y en cierta medida, casi todas ellas incluían esto dentro de sus funciones. Las cofradías, que entregaron la base para la formación de los gremios eran, ante todo, sociedades mortuorias —una de las grandes preocupaciones de los artesanos era tener un funeral decente. Esta función estaba entre aquellas del Círculo Católico así como entre las de la Sociedad Protectora de Artesanos, fundada en 1911. Su primer presidente fue Víctor Miño, que en su discurso inaugural dijo: 'El objeto de esta Sociedad es aunar las energías y favorecernos mutuamente en los momentos más angustiosos de la vida, en aquellos en que la soledad y la carencia de recursos aumentan el dolor y sumergen el alma en profundo abatimiento; viene a prodigar lenitivo al pesar que ocasiona la enfermedad y muerte de un miembro de la familia'<sup>86</sup>. Cuando en 1917 el Concejo Municipal de Quito propuso hacerse cargo de las propiedades de la Sociedad Funeraria Nacional, la clase trabajadora publicó una enérgica protesta<sup>87</sup>. Además de los funerales, algunos de los gremios y el Círculo Católico, esperaban poder entregar ayuda a los trabajadores desempleados e in-

válidos. La información sobre la efectividad de dichos esfuerzos es poco clara, pero en 1917 el Círculo Católico, cuando los precios de comestibles subieron, propuso la formación de una cooperativa para comprar algunos artículos al por mayor, para luego venderlos al más bajo precio posible<sup>88</sup>. En 1913, y con la ayuda de fondos gubernamentales, la Sociedad Artística llevó adelante la construcción de un Asilo de Obreros inválidos.

Aún cuando ninguna sociedad de trabajadores se estableció con el propósito exclusivo de seguir rituales, muchas de estas organizaciones destinaban considerable tiempo, esfuerzo e incluso, dinero, a las celebraciones patrióticas y religiosas. Por ejemplo, la fundación de la Sociedad Artística coincidió con la inauguración de la estatua de Sucre, mientras que, por otro lado, en 1908, la Sociedad Tipográfica condujo a la ciudadanía en la organización de la celebración, para dar la bienvenida a la largamente esperada llegada del ferrocarril a Quito. Los artesanos se veían a sí mismos y eran vistos por la comunidad como esenciales en la realización de todo ritual patriótico; lo mismo puede decirse respecto a la actividad religiosa. Su profunda fe, fomentada por aquéllos como Julián San Martín a través de *El Industrial*, encontró expresión en el culto a varios santos patronos. Posiblemente dicho culto era la principal función de la Sociedad de Obreros de San José 'La Tola'. La frecuencia con que los artesanos participaban en las festividades religiosas y patrióticas demuestra la persistencia con que buscaban aceptación por parte de la élite quiteña; Además era también una de las pocas actividades a realizar en una ciudad muy tranquila.

Varias organizaciones de la clase trabajadora se dedicaban a la educación. Los maestros creían que la clave para aumentar sus ingresos e influencia estaba tanto en el perfeccionamiento de sus habilidades (normalmente mediante la aplicación de tecnología) como en el aprender a leer, escribir y contar. En consecuencia, las instituciones educativas eran importantes en sí mismas, y se constituyeron en focos de conflicto. Una de las luchas más largas y profundas dentro de la Sociedad Artística se refería al control de la biblioteca, en tanto que los liberales y conservadores luchaban por la Escuela de Artes y Oficios. Esta institución en sí, por su continua asociación con los artesanos, merece un estudio de-

tallado: García Moreno fundó la escuela en 1869, los Hermanos Cristianos se hicieron cargo de ella por un tiempo, y, después de un breve interludio de control secular entre 1884 y 1886, los Salesianos asumieron su supervisión hasta 1895, cuando los triunfantes liberales los expulsaron<sup>89</sup>. El mismo funcionamiento de la escuela se convirtió, durante 1901 y 1902 en un tema para el diario "El Tiempo". Aparentemente, lo característico era el mal manejo, la baja asistencia y la neutra instrucción y disciplina. El diario lo llamó 'un cadáver' y planteó su reorganización; sin embargo, la escuela sobrevivió y retuvo su papel como campo de entrenamiento para los artesanos de Quito.

Otra institución educativa fue la Escuela Nocturna de Artesanos, fundada en marzo de 1901, con aporte del gobierno. Su currículum incluía clases de idioma inglés, las cuales alcanzaron tal popularidad que los artesanos pidieron que se cambiara su horario para poder asistir, de 7 a 8 p.m. a 8 a 9 p.m., lo cual era más conveniente para la clase trabajadora quiteña, que terminaba de trabajar a las 6 p.m.<sup>91</sup>. Al igual que la Escuela de Artes y Oficios, la escuela nocturna experimentó dificultades al presentarse problemas de disciplina, organización y asistencia. "El Tiempo" planteó su cierre<sup>92</sup>. Efectivamente, la escuela fue reorganizada pero al reabrirse sólo unos 20 artesanos asistieron a la ceremonia. Aunque sobrevivió, las largas horas de trabajo de los artesanos hacían difícil la asistencia. Varios gremios mantenían también escuelas: la más prominente era la de los sastres, la Academia de Corte y Confección, establecida en 1906 bajo la dirección del infatigable Manuel Chiriboga Alvear. Los zapateros tenían una escuela, y la mayoría de los gremios trataban de avanzar tanto en la teoría como en la práctica de su oficio. Existe alguna evidencia en ese sentido en los documentos de la Intendencia, donde se hace referencia al esfuerzo de los betuneros.

La prensa de los artesanos comunicaba al resto de la comunidad las preocupaciones de la clase trabajadora y, además, facilitaba la comunicación entre ellos mismos. La prensa podía también jugar un papel político partidista como era el caso de "El Industrial", que frecuentemente editorializaba sobre problemas tan candentes como el ferrocarril, las políticas educacionales y religiosas, y la economía, sin necesariamente adoptar una línea

partidista. No obstante, la prensa no fue capaz de formular un programa político coherente para la clase trabajadora y fue, sorprendentemente inarticulada con respecto a problemas laborales específicos. En relación a los problemas internos la prensa sirvió para difundir información técnica, elevar la conciencia social, la conciencia de clases y reportar sobre algunas actividades de importancia para los artesanos, como eran las exposiciones.

Entre 1890 y 1920, aparecieron varios periódicos, de los cuales "El Artesano", "El Obrero" y "La Voz del Obrero" eran publicados por la Sociedad; los ultraconservadores leían "El Industrial", de Julián San Martín, que fue publicado desde 1893 hasta 1900, fecha de la muerte de éste; el Centro Católico apoyaba "El Obrero"; Chiriboga Alvear al parecer apoyó la edición del "Obrero Feliz", de corta duración y de limitada circulación; el diario de los sastres era "El Sastre Quiteño" y el de los tipógrafos "El Tipógrafo"<sup>93</sup>. Finalmente, el volante era un medio muy importante de educación y comunicación, pues les permitía a los artesanos responder rápidamente a un problema en particular, sin incurrir en costos elevados. El gran número de volantes publicados, ya sea por individuos o grupos de trabajadores, atenstigua el importante papel que jugaron en Quito.

La estructura interna y el funcionamiento de las organizaciones de los artesanos estaban determinadas por los estatutos, cuya aplicación adecuada era responsabilidad de la policía. Cuán democráticos o cuánta participación ellos permitían es un punto sujeto a discusión: la evidencia acerca de la influencia de los maestros es apabulladora. Los estatutos de gremiales de los cocheros distinguían entre dos tipos de miembros, los activos y los aspirantes; los primeros poseían el certificado necesario, lo que en sí mismo era una prueba de haber cumplido con los requisitos de habilidad necesarios. Al parecer sólo ellos tenían derecho a voto<sup>94</sup>. En un caso, el de los tipógrafos, se observó un sustancial avance en la democratización al permitir éstos que las mujeres formaran parte del gremio<sup>95</sup>. Los gremios debían reunirse periódicamente, donde se recolectaban las cuotas y se hacía cumplir la disciplina entre los miembros<sup>96</sup>. De la evidencia disponible se muestra que ellos tendían a reunirse por las tardes, desde las 7 p.m., o los domingos por la tarde. Las actas de la Sociedad Artística muestran gran preo-

cupación por los procedimientos: el estilo era bastante formal, las intervenciones eran largas, y, frecuentemente, las reuniones duraban más de dos horas. Los dirigentes y el ejecutivo eran elegidos cada año, pero en muchos casos, los dirigentes eran elegidos un segundo año, es el caso de José Váscones, que fue reelegido dos veces como presidente de la Sociedad Artística.

Muy a menudo sin embargo las reuniones se tornaban en gritos poco fraternales y en algunos casos, en violencia. La causa más frecuente de discordia parece haber sido la política, pero hay una amplia evidencia acerca de corrupción y ambición entre los dirigentes gremiales, siendo también una fuente de fricción las tensiones entre empleados y maestros. Los zapateros sufrieron especialmente esta situación, y en 1908, el gremio experimentó una división en dos fracciones: mientras la dirección se encontraba en Guayaquil una fracción opositora organizó un golpe con el resultado de que ambas fracciones solo funcionaron brevemente; eventualmente el Intendente intervino para tratar de reconciliar a las partes. Al mismo tiempo los herreros también luchaban entre ellos: el 21 de diciembre el gremio se reunió bajo la supervisión de un comisario. De acuerdo con el relato de "El Tiempo", la reunión comenzó en orden, pero la elección de la nueva directiva terminó en una gresca que dejó tres heridos y varios contusos.

El motivo de semejante tunda fue el de que unos estaban porque el gremio nombrara sus representantes a la Confederación Obrera y otros miembros todos de la Sociedad Artística de Pichincha porque no se los nombrara <sup>97</sup>.

La lucha entre las dos fracciones continuó en la Plaza de Santo Domingo donde finalmente la policía la controló.

Dadas las largas horas de trabajo de los artesanos, todas las organizaciones se enfrentaban al ausentismo como uno de los problemas más serios. Ya sea se tratara de clases nocturnas o de reuniones del gremio de los tipógrafos, el mismo puñado de miembros era el que jugaba un rol activo, esto es, asistía a las reuniones o a clases.

Los papeles de la Intendencia están repletos de excusas por no asistir a una reunión o de explicaciones por qué no se podían pagar las multas correspondientes a la no asistencia a reuniones. En realidad para aquellos

artesanos más pobres y de las ramas peor remuneradas, estas deudas podían ser muy onerosas. Entre los tipógrafos sólo los desempleados eran excusados de estas deudas. <sup>98</sup>.

La calidad de la dirigencia era también crítica para la supervivencia de las organizaciones. Ciertamente la Presidencia de la Sociedad Artística tenía consigo un gran prestigio y, a algunos como José Váscones, les permitía avanzar en la consecución de sus ambiciones políticas. Incluso los presidentes de los diferentes gremios tenían un lugar, de honor en el seno de la comunidad, estando dicho prestigio en directa relación con la importancia del gremio. El hecho de ser dirigente significaba principalmente el ocupar un lugar preferencial en la parada o tener la posibilidad de decir un discurso, pero también significaba la posible influencia sobre la dirección de todo el movimiento. Los empleados de una peluquería, la Peluquería Francesa, atacaron al presidente en ejercicio del gremio porque el se negaba, o descuidaba, (ello no es claro) a nombrar a un delegado al Segundo Congreso Obrero. Los cinco firmantes planteaban que el gremio había estado en desorganización por cuatro años debido a una decidia imperdonable y a un egoísmo predominante. Ellos le pedían al comisario que convocara a una reunión de todos los propietarios de peluquerías de manera que, con los empleados pudiera ser nombrado un nuevo directorio y se nominara un delegado al Congreso; la petición tuvo éxito <sup>99</sup>. Al mismo tiempo 27 joyeros le solicitaron al Intendente que destituyera al presidente de su gremio por descuidar sus deberes: él también había dejado sin nominar representante de los joyeros al Segundo Congreso <sup>100</sup>.

Las cualidades del liderazgo de los artesanos quiteños son difíciles de definir; quizás lo característico de la mayoría de los líderes era la ambición, el título (maestro), la educación y, posiblemente, cierto deseo de incursionar en política. Los presidentes de la Sociedad Artística constantemente se relacionaban con políticos y, en el caso de Váscones, nos encontramos con uno que efectivamente se convirtió en político. Es difícil decir también hasta qué punto el compromiso de mejorar las condiciones económicas y sociales de los trabajadores era una de las características de los líderes artesanos ya que muy pocos de ellos se identificaron

con programas coherentes, y mucho menos los llevaron a cabo. En el movimiento quiteño no surgió ningún Albuquerque. Manuel Chiriboga Alvear, que jugó un papel extremadamente importante dentro de los artesanos, rechazó resueltamente el convertirse en dirigente de la Sociedad Artística, pues se había desilusionado muy pronto al ver la turbulenta política interna de la organización; sin embargo, su manejo del lenguaje escrito, su conservatismo, su rectitud y profundo sentido del honor lo convirtieron en uno de los estadistas del movimiento. A pesar de su ostentación y de su incansable rectitud él mantuvo gran prestigio y contactos, tanto dentro de los liberales como de conservadores.

Hay algunas instancias de revueltas desde las bases, pero los documentos no distinguen claramente a los empleados de los maestros; en los dos ejemplos más claros estuvieron involucrados los sastres y los peluqueros. Los sastres, durante la huelga de 1918, se apartaron para formar su propia organización, en tanto que los empleados de peluquerías, tal como se anotó anteriormente, se opusieron al liderazgo inactivo que amenazaba con privarlos de representación en el Segundo Congreso Obrero. Durante la huelga el gremio de los sastres fue fuerte y bien organizado a diferencia del de los peluqueros que fué débil e inactivo; ambos hechos ocurrieron en medio de dificultades económicas; y en ninguno de los casos hay muestras de un desafío extendido contra la dominación de los maestros dentro del movimiento

trabajador. Pero más allá de estos trozos de información no es posible profundizar más la investigación.

Entre 1890 y 1920 los artesanos demostraron una creciente habilidad organizativa. De una vez, crecieron numerosas organizaciones de la clase trabajadora, así como se desarrollaron gremios y el movimiento alcanzó mayor complejidad. Indudablemente, dicha tendencia, reflejaba una creciente preocupación por su ubicación social y sus necesidades: por ejemplo, hay una gran diferencia entre el estilo y la efectividad de los comienzos de la Sociedad Artística y la retórica del Segundo Congreso Obrero.

Sin embargo, el que la clase trabajadora se convirtiera en más consciente no quiere decir que, como clase, fuera más militante. El conservatismo político y sus estrechos lazos con la élite han sido características del movimiento hasta nuestros días; en este sentido los trabajadores quiteños eran bastante distintos de sus hermanos de Guayaquil. En consecuencia, los logros del movimiento fueron limitados; la legislatura aprobó muy pocas leyes en favor de los trabajadores y, en general, la capacidad de presión de los artesanos sobre la sociedad se mantuvo débil. Pero las causas de lo anterior incluían algo más que conservatismo político: el movimiento sufría de profundos conflictos internos que, muy a menudo, le impidieron una militancia más abierta. La ideología, el status, el ingreso, la raza y la educación contribuyeron a dicha división y, por tanto, a la impotencia del movimiento.

(\*) En gran medida, este ensayo es el resultado de la colaboración de Jaime Durán y Diego Palacios, del Instituto Nacional de Formación Obrera y Campesina. Sin su ayuda aún estaría perdido en los Archivos de Quito en busca de material. Pero nuestra cooperación fue más allá de la recolección de documentos: ellos, decidida y generosamente, contribuyeron con sus ideas y conocimientos a demostrar cómo debiera funcionar una experiencia intelectual, haciendo así de mi breve permanencia en

Quito una maravillosa experiencia. Para ellos mi respeto y profundo agradecimiento. Es también un placer agradecer al Dr. Nick Mills, Jr., al Dr. Alfredo Costales Samaniego, al Padre Julián Bravo, S.J. y a todos aquellos bibliotecarios, cuyos nombres desconozco, por su colaboración y paciencia ante mis interminables consultas. Finalmente, debo manifestar que todas las insuficiencias de este ensayo, donde ellas aparezcan, son sólo mías y a pesar de los esfuerzos de aquellos previamente mencionados.

## NOTAS

- (1) El material del censo es, desafortunadamente, muy deficiente. Este fue realizado en 1906 e incluyó a 50.841 personas; no obstante, el responsable de su realización criticó muy duramente la información planteando que era sustancialmente menor que la población efectiva. Ver "Censo de la Población de Quito", 1º de mayo de 1906, Informe del Director General de Estadísticas al Ministerio del Ramo, pp-1-1. En 1922 el Gobierno ordenó otro censo, esta vez para todo el país pero pareciera que sólo se recibieron resultados de Loja y Pichincha. Nunca he visto el Censo, y después de muchas horas de búsqueda, he concluido que está perdido o enterrado en los archivos del Ministerio de Gobierno una parte del cual está en el Archivo Nacional todavía no clasificada, o posiblemente en el Ministerio de Defensa donde fueron depositados últimamente algunos papeles del Gobierno, presumiblemente para mantenerlos muy cuidadosamente guardados.  
Los resultados para Quito fueron ampliamente difundidos y alcanzaron a 80.702 personas.
- (2) *Ibíd.* Cuadro N. Estas ocupaciones fueron seleccionadas por el autor de unas 98 que aparecían.
- (3) Este es el tema de un artículo que se encuentra actualmente en preparación.
- (4) Adolfo Jiménez: "Guía Topográfica, Estadística Política, Industrial, Mercantil y de Domicilios de la ciudad de Quito", 1894, p.207.
- (5) "El Ecuador, Guía Comercial Agrícola e Industrial de la República", editada por la Compañía del Ecuador, Guayaquil, 1909, p.1255.
- (6) "Guía Topográfica", *op. cit.*, pp. 205-211.
- (7) Desafortunadamente, las únicas referencias encontradas fueron escritas por Manuel Chiriboga Alvear. En "La Sastrería, su desenvolvimiento en el siglo XX", Quito, 1917, el capítulo V se ocupa fundamentalmente de los 'maestros sastres y modistas nacionales'. También incluido en su "Resumen Histórico de la Sociedad 'Artística e Industrial de Pichincha' (1892-1917), 2 Tomos, Quito, 1917, Imp. y Encuadernación Nacionales, se encuentran varios perfiles biográficos de los dirigentes de la Sociedad. Además, se puede decir que este estudio es básico en la historia del movimiento artesano, no sólo de Quito sino de todo el país. Cuando en 1900, murió Juan San Martín el ultraconservador fabricante de espejos y editor de "El Industrial", varios obituarios entregaron algunos detalles de su vida. Ver el volante "Julían San Martín", 18 de abril, 1900, en "Hojas Volantes: 1897-1900" que se encuentran en la biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, Coto-collao (esta biblioteca mantiene una excelente colección de "Hojas Volantes" contenidas en volúmenes organizados, más o menos, cronológicamente. Todos los volantes consultados en la investigación para este ensayo pueden ser encontrados en la colección citada); y en "El Industrial", 30 de abril, 1900. Este fue el último número del periódico y fue dedicado a la memoria de San Martín.
- (8) Chiriboga Alvear: "La Sastrería", *op. cit.*, p. ix.
- (9) *Ibíd.*, p. 130. El único caso de inversión en la industria, de los que conozco, es el de Endara; los otros sastres prósperos colocaron su dinero en actividades mercantiles. No obstante, para determinar donde dirigían sus excedentes los artesanos, se requiere investigaciones adicionales.
- (10) Luis T. Paz y Miño: "Monografía de la Provincia de Pichincha", en "Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha", Quito, 1922, p. 16.
- (11) El efecto del ferrocarril es discutido en otro ensayo en preparación, pero no parece que su impacto sobre la economía de los artesanos haya sido demasiado significativo.
- (12) "Código de Policía de la República del Ecuador". Cuarta Edición Oficial con las reformas posteriores a la edición de 1906. Quito, 1921, p. 38.
- (13) Ver esta correspondencia en los papeles no clasificados de la Intendencia, especialmente la carta del presidente del gremio de los panaderos, Domingo Chico, escrita el 27 de septiembre, 1919 al Comisario encargado de los gremios. Chico hacía notar que en su reunión más reciente, el Comisario había pedido un tributo para el Presidente de la República, para el Ministro del 'Ramo' y para el Jefe Provincial de la Policía. La moción fue aprobada pero, según Chico, el pago de tributos a tales personalidades era 'contraproducente': 'que nada de bueno hacen por el pueblo, siendo así que la Sociedad (de panaderos) sólo y únicamente concedió esa distinción al que hoy está de Director de Gremios'. Recientemente, cierta información proveniente del Ministerio de Gobierno, relacionada con el mantenimiento del orden y la seguridad en la provincia de Pichincha, desde fines del siglo pasado hasta comienzos del actual (hasta la década de los 20), fue depositada en el Archivo Nacional de Historia, pero ella está en atados y aún no clasificada. El Director del Archivo, Dr. Alfredo Costales Samaniego, muy gentilmente, me permitió tentar suerte entre estos papeles que contienen mucha información sobre los artesanos en la medida que sus asuntos institucionales estaban bajo la supervisión del Intendente, que también era responsable del orden público. Al Dr. Costales Samaniego y al personal del Archivo mis agradecimientos por su resuelta ayuda frente a la embestida de mis peticiones. Si otros investigadores desean consultar estos documentos sólo puedo ofrecer los siguientes lineamientos no oficiales: Archivo Nacional de Historia (ANH), Ministerio de Gobierno, Intendencia General de Policía de la Provincia de Pichincha. De aquí en adelante, por razones de brevedad me referiré a ellos como Intendencia de Pichincha, papeles no clasificados.

- (14) Intendencia General, papeles no clasificados. Carta de Alejandro Almeida, Primer Comisario Nacional de Orden y Seguridad, al Presidente del Gremio de Albañiles, 10 de noviembre, 1908.
- (15) Intendencia General, papeles no clasificados. Carta de Nicolás Bolaños, Presidente del Gremio de Cocheros al Comisario Alejandro Almeida, 3 de abril, 1908.
- (16) "El Tiempo", 4 de diciembre, 1901, edición Quito. "El Tiempo" fue editado originalmente en Guayaquil introduciéndose la edición de Quito en 1901, indudablemente para entregar apoyo, en la conservadora Sierra, a Alfaro. De aquí en adelante, todas las citas de "El Tiempo" se refieren a la edición de Quito.
- (17) "El Tiempo", 26 de junio, 1907.
- (18) En efecto los guayaquileños convocaron al Primer Congreso de Trabajadores apareciendo como más militantes que sus hermanos en la Sierra. Aquí sólo se está discutiendo acerca de que la ausencia de programa era una manifestación de falta de poder.
- (19) Las masas aprendieron esto durante la tragedia de noviembre de 1922 cuando una huelga que paralizó Guayaquil terminó con la masacre de unas dos mil personas.
- (20) "El Artesano", N° 17, 13 de julio, 1892, p. 68. Lo que sigue es una versión del incidente tal como fue informada en el citado número del diario.
- (21) La evidencia sobre esta huelga es extremadamente escasa. Sólo hay una cobertura superficial en "El Comercio" del 25 de enero, 1918, versión de la mañana, hasta la del 7 de febrero, 1918. Ver también "La Voz del Obrero" N° 42, 31 de enero, 1918, p.3. Existe tan poca información disponible que no fue posible determinar cómo ella fue resuelta.
- (22) "Código de Policía", op. cit., p.39.
- (23) "El Tiempo", 7 de junio de 1902.
- (24) "El Tiempo", 11 de junio, 1902.
- (25) Indudablemente que el control ejercido por los maestros del movimiento contribuyó a la tensión existente entre ellos y los empleados. Sin embargo, la evidencia es escasa y el problema requiere investigación adicional.
- (26) En este punto, como en muchos otros, mis agradecimientos a Jaime Durán quién, en varias discusiones atrajo mi atención hacia él.
- (27) Mientras buscaba en la información existente de la Sociedad, tropecé con una conmovedora carta de un orgulloso y ostentoso sastre, requiriendo un cuarto en el Asilo de Obreros. Aparentemente los contactos de Chiriboga Alvear eran insuficientes para sufragar las necesidades de la vejez, pero no tenemos idea dónde pasó sus últimos años, ni cuando murió.
- (28) "El Ecuador. Guía Comercial, Agrícola e Industrial de la República", op. cit., p. 1255.
- (29) Chiriboga Alvear, "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I, p. 72
- (30) *Ibid.*, Flor perdió la elección.
- (31) Intendencia General, documentos no clasificados, carta de Miguel Angel Endara al Señor Jefe General de Estadística y Antropometría, 24 de noviembre de 1908.
- (32) En efecto, de vez en cuando un niño delincuente era asignado por las Cortes a un maestro. Ver "El Tiempo", 11 de abril 1902. No hay evidencia sin embargo acerca de si ésta era una práctica normal ni si era una importante fuente de trabajo.
- (33) "El Industrial", 4 de marzo, 1893, p. 85.
- (34) Estos documentos no clasificados de la Intendencia General estaban relacionados con cuestiones relativas al Gremio de Plateros y Joyeros. La petición de Espinoza fechada el 4 de octubre, y, casi con total seguridad fue, de 1913; la petición de Tinta fue el 11 de noviembre de 1913. Desafortunadamente encontré muy pocos documentos que indican el tiempo requerido normalmente para pasar de empleado a maestro.
- (35) La petición de Povea fue en enero de 1914. Estos documentos fueron encontrados en los papeles de Jacinto Sánchez R., Comisario Tercero Nacional.
- (36) Intendencia General, papeles no clasificados. Carta de la Presidencia de la Corte Suprema al Comisario Segundo Nacional, 13 de enero, 1919.
- (37) Intendencia General, papeles no clasificados. Carta de Manuel M. Ramos al Jefe de Investigaciones y Pesquisas, 6 de julio, 1908.
- (38) Intendencia General, papeles no clasificados. Documento fechado el 16 de octubre, 1908. No tengo información acerca de cómo se resolvió el problema.
- (39) No es mi intención aquí el documentar la cuestión detalladamente. Ello lo realizaré en otro ensayo sobre los artesanos y la economía de Quito, 1890-1920.
- (40) Ver "El Comercio", N° 4040, 25 de enero, 1918, edición de la mañana.
- (41) Ver "La Voz del Obrero", N° 42, 31 de enero, 1918.
- (42) "El Comercio", N° 4060, 6 de febrero, 1918, edición de la mañana.

- (43) "Parece que el asunto (la huelga) se ha arreglado en todos los talleres'..."
- (44) "El Comercio", Nº 4062, 7 de febrero, 1918, edición de la mañana.
- (45) "La Voz del Obrero", Nº 42, 31 de enero, 1918.
- (46) No he visto el término jornalero utilizado paralelamente con el artesano; el primero se refería a trabajadores no calificados.
- (47) Chiriboga Alvear no es muy claro en relación a esto y tampoco detalla las discusiones. En un punto Julián San Martín propuso a alguien para ser miembro que fue rechazado, debido a que no practicaba ningún comercio, industria u oficio. Ver "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I, pp. 61-65.
- (48) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I pp. 5-11.
- (49) Por razones no muy claras para mí este pronto fracasó, siendo reorganizado en 1906.
- (50) Los estatutos fueron publicados en el "Industrial", 10 de marzo, 1894.
- (51) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I pp. 312-313.
- (52) Anónimo; "Actas del Segundo Congreso Obrero Ecuatoriano reunido en la ciudad de Guayaquil el 9 de octubre de 1920", Guayaquil, Tip. y Lit. de la Sociedad Filantrópica de Guayas, 1921, pp. 24-27.
- (53) Finalmente se permitió la participación de las mujeres Ibid., pp. 17-21.
- (54) Ibid., pp. 57-59.
- (55) Ibid., pp. 73.
- (56) Ibid., pp. 92.
- (57) Ibid., pp. 92-95.
- (58) Ibid., p. 95.
- (59) Ibid., p. 96.
- (60) Ibid., p. 98.
- (61) Ibid., p. 109.
- (62) "El Artesano", Nº 3, 2 de abril, 1892, p. 9, la puntuación corresponde al texto original.
- (63) Idem.
- (64) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I, p. 276.
- (65) "El Industrial", Nº 22, 4 de marzo, 1893.
- (66) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo II p. 214.
- (67) Idem.
- (68) Ibid., p. 215. La puntuación es de Molina. Este es, quizás, el ataque más vigoroso a a clase alta que encontré en mi investigación.
- (69) "La Voz del Obrero", Nº 42, 31 de enero, 1918.
- (70) Volante, "Discurso pronunciado en la inauguración de la Escuela Nocturna de Artesanos", 8 de marzo, 1901, "Hojas Volantes, 1901-1920".
- (71) "El Artesano", Nº 1, 19 de marzo, 1892, p. 1.
- (72) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo II, p. 215.
- (73) No es mi intención discutir aquí las relaciones existentes entre el movimiento artesano y la política; ese es un tema de un ensayo en sí mismo.
- (74) "Leyes y decretos expedidos por la Convención Nacional de 1883" Quito, 1884, pp. 31-32.
- (75) Chiriboga Alvear: "La Sastrería", op. cit., p. ix.
- (76) En su "Resumen Histórico", op. cit., Chiriboga Alvear relata los primeros 25 años de la historia de la Sociedad. Dicho estudio es básico no sólo para el conocimiento de la Sociedad sino que también para entender el desarrollo del movimiento artesano en Quito.
- (77) Ibid., pp. 4-5.
- (78) El conocimiento de lo ocurrido en el Congreso se lo debemos, una vez más, a Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", op. cit., Tomo I, pp. 311-346. No he encontrado otra evidencia adicional. "El Tiempo" por su parte, eligió cubrir el Congreso Católico de Damas, que se realizaba al mismo tiempo.
- (79) Ibid., p. 313.
- (80) En ambos Congresos las diferencias regionales entre los trabajadores, especialmente entre los de Quito y Guayaquil, reflejaban las orientaciones conservadoras de los primeros y, las liberales de los segundos. Aparte de sus divisiones políticas, los costeños tenían una visión más específica acerca de quienes debían ser delegados al Congreso; los quiteños insistían en que todas las clases debían participar. Yo no he podido establecer diferencias entre las dos fracciones en temas relativos a cuestiones estrictamente industriales. Esto plantea la pregunta acerca de efectivamente, cuán organizada estaba cada fracción para tratar de conseguir sus objetivos.

- (81) "Actas del Segundo Congreso Obrero", op. cit., p. 162-165.
- (82) Albuquerque es una figura fascinante y bastante misteriosa. Nacido en Cuba en 1851, se convirtió en sastre y socialista antes de emigrar a Nueva York, debido a sus actividades en favor de la independencia de Cuba. El se dedicó por años a esa lucha y su presencia en Ecuador se debió a su nombramiento como agente cubano en Guayaquil. En Ecuador se involucró con el movimiento trabajador del puerto, donde muy pronto llegó a ser su líder más importante. Estrechamente relacionado con Alfaro, gozó del patrocinio gubernamental, aunque, según la opinión de Jaime Durán, Albuquerque era anarquista. La fecha exacta de su muerte se desconoce. Para algunos detalles biográficos ver "El Tiempo" N° 2043, 25 de septiembre, 1908.
- (83) Chiriboga Alvear: "Resumen Histórico", Tomo I, pp. 300-302.
- (84) Volante: "Proyecto de Convención entre los propietarios y la Liga Nacional Obrera Antisocialista", 29 de julio, 1919, "Hojas Volantes: 1900-1920".
- (85) "La Voz del Obrero", N° 43, 15 de noviembre, 1918.
- (86) "La protectora de artesanos de Pichincha en el XVIII aniversario de su fundación", 23 de abril, 1929, Quito, Edit. Gutemberg, p.1.
- (87) Volante: "La clase obrera de la capital de la República, 8 de septiembre, 1917, "Hojas Volantes, 1901-1920".
- (88) Para mayores detalles ver "El Comercio", 7 de noviembre, 1917, edición de la mañana; y 17 de diciembre, 1917, edición de la tarde.
- (89) Alfredo Fuentes Roldán: "El Artesano del Ecuador", tesis, Quito, 1960, Universidad Católica del Ecuador, pp. 162-164.
- (90) "El Tiempo", 24 de octubre, 1901.
- (91) "El Tiempo", 1° de febrero, 1908. Cada día, a las 6 p.m. el sol se esconde detrás del Pichincha, tomando alrededor de media hora para oscurecer.
- (92) "El Tiempo", 8 de noviembre, 1901.
- (93) Esta es una lista que he escogido de mi propia investigación, pero es incompleta. En cualquier caso el investigador no encontrará en Quito ninguna colección completa de dichos discursos excepto de "El Industrial", que se encuentra en la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, en Cotacollao.
- (94) "Estatutos y reglamento del Gremio de los Cocheros", Quito, 1907, Imprenta del clero, pp. 8-10. De mi experiencia no se puede decir cuán común era este patrón. Es necesario, para ello, realizar investigación adicional.
- (95) "El Tiempo", 23 de febrero, 1911. Desconozco si efectivamente se afiliaron mujeres al gremio.
- (96) Los tipógrafos encontraron que debían reducir sus obligaciones de S/. 1 al mes a 50 centavos.
- (97) "El Tiempo, 22 de diciembre, 1908.
- (98) "El Tiempo", 28 de febrero, 1908.
- (99) Intendencia General, papeles no clasificados. Carta de los empleados de la Peluquería Francesa al Sr. Comisario de O. y S. y Director de Gremios, 22 de marzo, 1920.
- (100) Intendencia General, papeles no clasificados, petición de los Joyeros al Comisario, 12 de marzo, 1920. Desconozco si esta petición tuvo éxito.